

gora...) sino que también tienen un fuerte valor simbólico que comparten con otros elementos más decorativos como las plantas paliativas o las lechuzas. Prueba así para la película de Guillermo del Toro el *dictum* de Chéjov de que ningún elemento diegético está demás, ofreciendo con el descubrimiento de la melancolía como subtexto un punto de vista innovador sobre esta película.

Frauke Bode, Wuppertal

José Checa Beltrán (Hg.): *Lecturas del legado español en la Europa ilustrada*. Madrid/ Frankfurt a. M. Iberoamericana/Vervuert 2012, 303 S. (La cuestión palpitante; Los siglos XVIII y XIX en España, 19)

En los últimos años, los estudios sobre el siglo XVIII español no solo han aumentado de manera significativa, sino también se han inscrito en la complejidad más amplia de las redes y estructuras comunicativas de su contexto europeo, o mejor, de su trascendencia global. Este desarrollo de un enfoque nacional hacia un espacio más abierto nos permite acceder a un nuevo campo de realidades cuyos elementos y correlaciones no habían podido notarse de modo tan evidente como ahora. No extraña este hecho en la medida que el campo axiológico de las teorías postcoloniales ha largamente contribuido a tal modo de observación ofreciendo una lógica de deconstrucción de los conceptos ontológicos vigentes en la era de la modernidad.

La obra de José Checa Beltrán sigue esta dirección reuniendo una serie de artículos sobre el concepto de la «leyenda negra», cuya vigencia casi exclusiva parece altamente cuestionable bajo el desarrollo conceptual en el contexto teórico mencionado. El editor va sugiriendo unas lecturas del legado literario-cultural español en la perspectiva de la deconstrucción del concepto

negativo de la imagología europea para permitir un reequilibrio en la valorización del legado español ilustrado a nivel internacional, llamado «leyenda rosa». En su introducción aparece un subtítulo basándose en tres figuras importantes del deconstructivismo y de las teorías postcoloniales que son el «canon», el «nacionalismo» y la «ideología». Recurriendo a dichas figuras, las contribuciones buscan esclarecer el campo discursivo europeo poniendo en evidencia algunos aspectos particulares en lo que toca a las interrelaciones entre las culturas refiriéndose al legado español, o mejor dicho, a los aspectos positivos en la valorización de la cultura española y su contribución a las otras culturas europeas del siglo mencionado.

El artículo de Jesús Pérez-Magallón abre la discusión con un cuestionamiento del concepto de «leyenda negra» en la medida que se trata de un topos bastante complejo implicando una serie de diferencias según su pertenencia cronológica, regional o cultural, en particular si se toma en cuenta el concepto de la identidad nacional, cuyas implicaciones se refieren a una época más bien moderna. Por estas razones, Pérez-Magallón quiere demostrar las diferencias específicas que existen entre la leyenda negra de los siglos XVI y XVII y «la formulación sintética con que Masson de Morvilliers vendría a resumir toda una percepción [...] de ciertos países de Europa en su tantas veces repetida pregunta sobre qué se debe a España» (17). Son aducidos como ejemplos las «apologías» de la contribución de los pensadores ilustrados como José Cavanilles, José de Vargas Ponce o Juan Pablo Forner que se refieren menos a una identidad nacional tradicional intrínseca, sino a las contribuciones encontrándose en vía de realización – tal como la educación o las reformas agrarias. No obstante, las reivindicaciones apologéticas del legado español ilustrado son – en vista de Pérez-Magallón – estrechamente vinculadas con un espíritu crítico y, por consecuencia, con un proyecto de ser nacional de tipo nuevo.

La migración de los conceptos a nivel europeo caracteriza también la contribución de Manuel Garrido Palazón, demostrando la posición desventajosa del gusto español en la polémica francesa e italiana a principios del siglo XVIII. Según la tesis del autor, la Guerra de Sucesión entre Francia y España no fue únicamente militar, pero sobre todo cultural, dado que Francia – particularmente después del Tratado de Westfalia en 1648 – buscó posicionarse en el tablero europeo por la vía clasicista, relegando a España a una periferia detrás de los Pirineos, discreditándola por los ataques contra el estilo barroco. Garrido Palazón subraya la importancia de la obra *La manière de bien penser dans les ouvrages d'esprit* (1687) del jesuita francés Dominique Bouhours, cuyos ataques ya habían servido a discreditar la cultura española (e italiana) y contra los cuales casi no había habido reacciones por parte de los españoles. Una de las razones por este silencio ha sido tal vez la Guerra de Sucesión. Por parte de los escritores italianos al revés – entre otros por parte de Gian Vincenzo Gravina o Ludovico Antonio Muratori – hubo una fuerte polémica en contra de dicha recuperación discursiva francesa, con vistas a defender el modo de bien pensar en las obras italianas, o mejor dicho europeas.

Françoise Etienvre ofrece un análisis detallado de las visiones de España de Montesquieu y de Voltaire, reluciendo las diferencias entre los dos autores, cuya obra influyó – a múltiples niveles – en la imagología de España en el sistema discursivo europeo. Resulta esclarecedor el hecho de que las valorizaciones de Montesquieu – «casado con una protestante, hijo de un católico poco conformista» (79) – solían nutrirse en las fuentes inglesas, cuyos rasgos – y tanto más con relación a las imágenes de España – se encuentran en muchos de sus textos. Aunque gran viajero, Montesquieu nunca había visitado España, de manera que sus conocimientos se reducían a una experiencia libresca. En la obra de Voltaire,

Etienvre encontró un acercamiento a la cultura hispánica mucho más matizado y basado en fuentes históricas: «la posición de Voltaire respecto a los conquistadores y a los conquistados resulta mucho más compleja y menos maniquea que la de Montesquieu» (96), aunque ni el uno ni el otro podían ser considerados como los precursores de los ataques de Masson de Morvilliers contra España (cf. 101). Así el lector se da cuenta de que las invectivas generalmente conocidas de Montesquieu y de Voltaire se tienen que considerar «cum grano salis» dado que se encuentran numerosas reservas en su imaginario sobre España. Resulta también revelador que ni Rousseau ni Diderot entraron en conflicto con la cultura hispánica.

José Checa Beltrán ofrece un panorama de los textos escritos en francés que no solían seguir en la estela de la despreciación de España. Dichos textos de la «leyenda rosa» van contradiciendo la opinión común según la cual la carga antiespañola habría arrollado todo comentario positivo en la época. El investigador del CSIC ha examinado no sólo las redes de comunicación entre los franceses y los españoles, sino una serie de textos enciclopédicos o periodísticos, tales como las *Mémoires de Trévoux*, el *Journal étranger*, *L'année littéraire* ou *L'Espagne littéraire* y otros. Resulta que los autores implicados no eran obligatoriamente antifilósofos o políticamente reaccionarios, pero «militaron en el campo reformista, algunos fueron masones y compartieron en gran medida el pensamiento enciclopedista» (106). El acercamiento de Checa Beltrán nos parece tanto más importante cuanto que está privilegiando la perspectiva de un legado común europeo, en el cual la presencia simbólica y cultural de las naciones va cambiando según las coyunturas del tiempo. Si canon, nacionalismo e ideología entran en la formación de un imaginario nacional, hace falta también una perspectiva transcultural, para observar los canales de comunicación y determinar el conjunto de estos procesos comunicativos. La discusión acerca del legado

español en el siglo XVIII es un ejemplo bien escogido para determinar las líneas de fuerza simbólicas vigentes en las naciones.

El precursor de este enfoque complejo, Maurizio Fabbri, ofrece un panorama de la difusión de la cultura española en la Italia de la Ilustración, insistiendo en el hecho de que no había solo polémicas entre las dos culturas del siglo XVIII. Era un lugar común – acicateado por las obras de Girolamo Tiraboschi y Saverio Bettinelli y sostenido por toda una corriente antijesuítica – que la cultura española con su barroquismo había tenido una influencia nefasta en la literatura y cultura italianas. Pero Fabbri demuestra que existe también una fuerte defensa de la cultura y lengua españolas, dirigida por unos jesuitas expulsos como Juan Francisco Masdeu o Javier Llampillas. Según el hispanista destacado, el provecho más significativo para el diálogo intercultural lo aportaron las obras historiográficas y periodísticas del abate Juan Andrés, español italianizado, y Giambattista Conti, italiano españolizado, cuyas influencias contribuyeron a la comprensión mutua y pusieron fin a «una querrela no solo literaria, que había sido demasiado larga y en sí misma esteril» (155). Patrizia Garelli, por su parte, analiza la producción teatral de los jesuitas expulsos de Italia y su penetración en el teatro europeo, redorando por dicha vía la imagología de España en la red continental.

Otros aspectos de la valorización de la cultura española en las redes europeas se encuentran en las contribuciones de Giulia Cantarutti y Silvia Ruzzenenti sobre un ejemplo alemán y de Oana Andreia Sâmbrian sobre la Rumanía ilustrada. Miguel Ángel Lama se ocupa del tema imagológico en la poesía española representada en antologías extranjeras, mientras que Fernando García Lara se refiere a los materiales paraliterarios, concentrándose en géneros como la carta – ligada también al relato de viajes –, en cuyos marcos se transmitió un gran número de valorizaciones culturales y

que explica también el auge vertiginoso de la cultura española durante la llegada del Romanticismo. Este auge imagológico se ve explicado igualmente por una valorización significativa de la cultura popular, en cuyo campo España no había perdido su atractivo.

Se cierra el ciclo del libro sobre las lecturas del legado español en la Europa ilustrada con una imagen allende las fronteras europeas, es decir, por un análisis de la cultura literaria española en el primer cotidiano novohispano, *El Diario de México*. En su contribución, Esther Martínez Luna demuestra la transferencia del neoclasicismo español hacia la cultura letrada novohispana, apoyándose en una serie de ejemplos periodísticos y literarios. Una de las tesis defendidas aquí toca a la exportación del modelo poetológico de los «espectadores», es decir, del *Pensador* de José Clavijo y Fajardo o del *Censor* de Luis García del Cañuelo y de Luis Marcelino Pereira, hacia el contexto novohispano, generando no solo la formación de otro ejemplo espectral – *El Pensador Mexicano* de José Joaquín Fernández de Lizardi –, pero también de la primera novela moderna *El Periquillo Sarniento* del mismo autor. En este sentido *El Diario de México* constituyó una plataforma importante en la recreación y remodelación de las valorizaciones culturales hispánicas preparando el nacimiento del sistema literario mexicano moderno.

Con su enfoque europeo, el libro editado por José Checa Beltrán, demuestra una parte productiva de la realidad discursiva del siglo XVIII, descubriendo los rasgos de una «leyenda rosa» y deconstruyendo y superando significativamente el concepto de la «leyenda negra» como discurso único con respecto a España.

Klaus-Dieter Ertler, Graz